6 de octubre de 1958

Querido amigo:

Mil gracias por su generosa crítica. Demás está que le diga hasta qué punto reconozco en ella el influjo de la amistad, aun en desmedro de la justicia. He estado trabajando nuevamente en mi libro y, créame, cada vez soy más consciente de sus defectos. Espero intentar dentro de algunos años una nueva exposición de la concepción de la inmortalidad personal que es su centro. Pero la vía de acceso habrá de cambiar. No partiré, como en este libro, de la conciencia, sino de un análisis de la esencia de la duda; mostraré – o espero poder mostrar – que la duda tiene ciertos límites naturales, fijados por la esencia del engaño, que no pueden ser soslayados. Quienes ignoran estos límites es la fuente del escepticismo; quienes soslayarlos – y no poder hacerlo – es la fuente de las incongruencias de Descartes. En ambos casos, la duda – y la

posibilidad del engaño de que se alimenta — quedan videntadas en su esencia, y el acto mismo de dudar llega a ser un sin sentido. No pretendo explicarle aquí algo sobre lo cual he escrito ya decenas de páginas. Sólo deseo anunciarle que en algún futuro desarrollo mis tesis aparecerán menos dogmáticas, se desenvolverán al hilo de una discusión continua con el escepticismo de cuño empirista. Estoy ya metido de lleno en los libros de Ayer, de Wittgenstein (su artículo fue para ello una buena incitación) y en la interesante crítica de Quine. En suma, que mi libro se me aparece ya un poco como una obra de mi juventud, aunque por las circunstancias de mi vida, sólo haya podido terminarlo, publicarlo y liberarme de él bien pasados los cuarenta años. Todo ello no significa que me haya apartado de las convicciones que constituyen el núcleo de ese libro, sino que me veo hoy inducido a repensarlas críticamente, y tomo conciencia, al hacerlo, de los defectos de que ~~sos~~ primera exposición adolece. El que Ud. haya querido ignorarlos, el que no hayan

detenido el impulso de su simpatía hacia el libro, o en todo caso el que haya querido omitirlas en su reseña, son otras tantas manifestaciones de esa generosidad suya de que me ha dado tantas pruebas a lo largo de nuestra amistad. En cuanto a su verdadera opinión sobre el contenido de ese libro, bien sé que no puede diferir radicalmente de lo que Ud. expresa en esa reseña, que su honradez intelectual le habría impedido fabricarse una opinión con el solo fin de favorecer a un amigo. De todos modos, presumo que la amistad lo ha inducido a cargar un poco el acento en lo que a Ud. pudo interesarle — y esto siempre es lícito. Me contentaría, pues, con poder pensar que, restado el influjo de la amistad, queda como residuo algo que no está demasiado distante de lo expresado públicamente.

He terminado un ensayo — que re-escribí en gran parte — sobre la Divina Comedia. La primera mitad se publicó ya

en Asomante; la segunda aparecerá en el próximo número. Cuando así ocurra, se las enviaré ambas, aunque ese texto ya ha comenzado a disgustarme....

He avanzado bastante en la lectura de los textos de Ortega que no conocía. Como ya le dije, de ello saldrá un artículo, espero que a fines de este año, en que su libro será el punto de partida —y de llegada— para un desarrollo personal. Mi opinión sobre Ortega se ha modificado bastante en su favor. Lo que tal vez le perjudica, a mi parecer, es que los textos verdaderamente filosóficos y profundos, en el total de su obra son escasos, quedan inconclusos, y hay que extraerlos pacientemente del forraje de sus observaciones sobre otros temas, sobre la actualidad, sobre política, sobre historia, sobre literatura, más que todo sobre él mismo, siempre ingeniosas, a veces sugestivas, pero a menudo un tanto retóricas.

He entregado reseñas sobre su Diccionario a La Torre y a Asomante. Espero que las publicarán pronto.

Mucho me agradaría tener

más noticias sobre su estada en Europa. ¿Qué le ha parecido la situación política de Francia? Personalmente, veo en de gaulle la mejor posibilidad – tal vez la última, si no es ya demasiado tarde – de enderezar ese país políticamente de hacer aflorar sus energías latentes y de salvarlo, que significa salvar a Europa. Puede ser que Francia logre solucionar sus problemas internos y en Argelia y que tenga su término la integración en una organización supranacional la desgraciada rivalidad de Francia y Alemania, a la que cabe atribuir la decadencia política de Europa en los últimos sesenta años.

Bueno, espero sus noticias y comentarios.

Una vez más, mil gracias.

Afectuosos recuerdos para Renée y Jaime.

Lo abraza

Hélio Gallegos

30-XII-58.

Gracias también por la reunión de critica en reunión, Bibl. El Bosque